

# LOS CAMINANTES

CARLOS SISI

**DOLBY**  
EDITORIAL

A mi familia. A todos.

## I

Cuando Susana se decidió por fin a regresar al apartamento, hacía un buen rato que la noche había caído. Era una noche fresca, limpia, y el aire no traía consigo nada de la pestilencia desapacible de los bordes exteriores. Solamente este detalle había inundado de buen humor el corazón de la joven, que caminaba a buen paso por los corredores inferiores del edificio.

La guardia había sido muy tranquila. Los *caminantes* ya rara vez se acercaban a las alambradas, aunque aún podían verse muchos en la distancia, silenciosos, arrastrando los pies en su lento pero continuo deambular. No todos andaban. Susana habría jurado que uno de ellos, situado junto al desvencijado quiosco de prensa, había estado inmóvil durante semanas enteras, con las piernas abiertas y los brazos extendidos, observando la luna con ceñuda preocupación, o el sol con manifiesta indiferencia.

En realidad, las ideas de Aranda habían tenido buen resultado. Fue él el que sugirió crear el segundo campamento base, mucho más iluminado que el primero. Siguiendo sus instrucciones, se colocaron allí varias fuentes de sonido que atraían la atención de los *caminantes* como insectos a la luz. Venían en oleadas y se arremolinaban alrededor sin cejar nunca en el empeño de intentar acceder; desgarrándose la carne contra las alambradas, descomponiéndose en los lodazales ácidos, y finalmente siendo bloqueados por los muros y camiones barricada. Desde entonces, el campamento real disfrutaba de mucha más tranquilidad. Tener a los muertos acechando en el lugar equivocado tenía un efecto psicológico muy positivo sobre todos los supervivientes. Pero sobre todo, haberse librado de los ruidos había obrado maravillas en el corazón de aquellos hombres y mujeres que se obcecaban en sobrevivir. Ruidos de muerte y ruina, como las lentas, arrastradas y sordas palmadas sobre los muros sin ningún deje de ritmo visible. O el susurro de los cuerpos deslizándose unos con-

tra otros en la oscuridad. De vez en cuando, el abominable cloqueo de una garganta inundada por una pasta cenagosa de sangre seca y tierra. Todo eso había cesado por fin. Los muertos acechaban el campamento falso.

Susana caminó la distancia que le separaba de su habitación, entró y aseguró la puerta con los muchos cerrojos y tablones. Entonces se volvió hacia la oscuridad de su pequeño apartamento. Era entonces cuando cerraba los ojos y respiraba hondo, preparándose para disfrutar de las últimas horas del día en soledad. Horas para sí misma, que ningún pensamiento oscuro conseguían violentar. Entonces se desnudaba, se aseaba y se tumbaba sobre la cama. Le gustaba entonces permanecer en silencio, concentrándose en no pensar en nada, al menos hasta que el sueño se proclamaba vencedor. Pero no eran muchas las ocasiones en las que conseguía vaciar su cabeza; imágenes y recuerdos se interponían en tropel. Casi siempre, su inconsciente tenía otros planes e insistía en regresar, una y otra vez, al pasado. Al principio. Aun antes... a cuando la vida era normal, y la gente moría y se quedaba muerta.

## II

Julio tenía veintiún años cuando vio por primera vez un cadáver. No era un cadáver horrible, no estaba podrido, ni tenía heridas. Sólo estaba blanco, blanco como la mismísima nieve. Y estaba blanco porque acababan de sacarlo del fondo de la playa. Era un ahogado.

La policía, por supuesto, no permitía que nadie se acercase, pero Julio y todos los demás tenían una buena vista desde lo alto del rompeolas. Se decía que lo había encontrado una alemana mientras paseaba al amanecer; la marea lo había arrastrado, desnudo y tieso como un viejo leño, hasta la orilla. La policía había hecho fotos, habían hablado con la alemana y tomado numerosas notas. Habían

examinado el cadáver y lo habían cubierto al fin con una especie de loneta oscura, que tenía el brillo y la textura del plástico. Todo eso lo había visto Julio desde su privilegiada posición.

Tan sólo diez minutos más tarde, mientras el juez y los policías intercambiaban documentación, el cadáver se sacudía con una arremetida tan fuerte que la loneta se deslizó a un lado. Todo el mundo se volvió para mirar. Julio lo miró con cierta fascinación; el sol bañaba su carne blanca y húmeda confiriéndole un aspecto jabonoso. Entonces, torpemente, el ahogado comenzó a incorporarse emitiendo gruñidos y ásperos cloqueos. Sus brazos temblaban, parecía que en cualquier momento iba a caerse de bruces contra la arena. Dos de los policías, saliendo por fin del estado de *shock*, corrieron hacia el hombre y le sujetaron de los brazos para ayudarlo a sostenerse.

Pero entonces... entonces el ahogado atacó a uno de los policías con una violencia fuera de todo baremo. Lo derribó sobre la arena mientras su compañero aún intentaba determinar qué estaba pasando. Su cabeza era un martillo demoledor; subía y bajaba como en un baile enloquecedor dando dentelladas sobre la cara del policía, que intentaba protegerse con los brazos. Sin éxito, pronto sus brazos también estuvieron llenos de sangre. Finalmente, varios hombres se abalanzaron sobre el ahogado para agarrarlo. La escena estaba salpicada de gritos.

Tanto Julio como sus compañeros permanecían petrificados. La sangre salía a borbotones de uno de los agentes en el suelo, otro se agarraba un brazo con dolor. El ahogado se debatía, poseso de una demencia primigenia y brutal. Por fin, uno de los policías le encañonó con su arma y le disparó en una pierna. El falso ahogado cayó al suelo, pero de la herida no brotó sangre. La carne, hendida, era una cueva negra y ominosa; el ahogado se levantaba sin acusar dolor alguno, su mirada llena de despiadada tenacidad.

Julio, inconscientemente, dejó de respirar. Su estómago se había contraído hasta doler. Un segundo disparo le hizo estremecerse de pies a cabeza. La misma pierna. Diminutos coágulos espeluznantes salieron despedidos por la parte de atrás de la pierna, pero no se detuvo. El policía trastabilló y disparó una tercera vez, esta vez en la zona de la clavícula, pero tampoco entonces se detuvo.

Presa del pánico, el policía hizo un cuarto disparo. Esta vez el impacto le alcanzó en la mandíbula e hizo volar trozos de carne y dientes en

todas direcciones; y tampoco eso lo detuvo. Hubo gritos de horror. Alguien había cogido un raquíptico palo y estaba golpeando al ahogado desde atrás. La desaparecida mandíbula supuraba ahora un denso puré negruzco que caía en cuajarones sobre su abotargado pecho, pero sus blancas manos aún buscaban desesperadamente al policía.

Un quinto disparo alcanzó al ahogado encima del ojo derecho. El impacto entró limpiamente y le hizo retroceder dos pasos. Allí, biqueó con gesto confundido y, por fin, cayó al suelo cuan largo era, sin flexionar rodillas o extender las manos.

Julio se descubrió en pie. Todos se habían puesto en pie y habían retrocedido varios pasos. El sol de las cuatro de la tarde, brumoso, tintaba la escena de tonos dorados, y la piel del ahogado le recordaba a Julio al pollo frito. El policía en el suelo era por fin atendido: había perdido el conocimiento y su cara era un repulsivo espectáculo de sangre, carne y músculos expuestos. La nariz era un muñón irreconocible. Varios hombres miraban con estupor el cadáver del ahogado, sus bocas cubiertas por manos temblorosas. Sus ojos recorrían las heridas abiertas, pero casi nadie decía nada.

—¿Qué cojones ha pasado? —bramó uno de los hombres mientras se movía erráticamente de un lado para otro—. ¡¿Qué cojones de mierda ha pasado?!

Y entonces, como activados por un resorte, los demás comenzaron a reaccionar y a interaccionar atropelladamente.

—Joder... joder... joder... —repetía otro hombre.

—...sí, mi compañero herido... No, no, se ha acabado... en la playa de La Cala, a la entrada, una ambulancia... —barbullaba el policía por su radio.

—... joder... joder...

—Está muerto.

—...por Dios que alguien llame...

—¡Joder, está muerto!

—¡...coño!

En medio de la algarabía, Julio supo que el policía en el suelo había muerto. Su sangre había oscurecido una enorme cantidad de arena debajo de su cuerpo inmóvil.

—Dios... —dijo de pronto Alberto, uno de sus compañeros—. Qué pasada...

—La... hos... tia... —musitó otro, asegurándose de marcar muy bien cada sílaba.

—El hijo de puta... —dijo Alberto—. ¡Qué fuerte!

—...la boca, los dientes... —susurraba Flavio mientras frotaba su incipiente perilla con desconcertante tenacidad.

Julio, sin embargo, aún no se había atrevido a unirse a sus colegas, cuyos aspavientos eran cada vez más pronunciados, haciendo algún comentario. Algo le preocupaba sobremanera. Algo, en toda la escena, estaba completamente *mal*. Algo chillaba a pleno pulmón denunciando que *algo* no estaba funcionando como debiera, y la sensación era tan fuerte que Julio sintió un pitido agudo en los oídos.

—Pero estaba ahogado... —dijo de pronto Flavio.

—Qué coño va a estar ahogado, tío, pero tú has visto al hijo de puta... ése era un traficante y en cuanto lo han *pillao* se ha puesto como loco... —dijo Alberto.

—Sí, sí... listo, que *ere mu* listo. Ése estaba más muerto que mi abuela, te lo juro...

—Sí, anda, *gilipolla*, no veas qué muerto estaba; tú lo flipas... ¿no has visto lo que ha hecho con el policía o qué? —protestó Alberto, en tono visiblemente enfadado.

—Pues estaba muerto, más blanco que una *paré*... —Flavio miraba al suelo, intentando encontrar algo de coherencia a sus propias palabras.

Por fin, Julio habló con voz clara:

—Estaba muerto *antes*, pero luego ya no lo estaba.

Hubo unos momentos de silencio. En sus cabezas, manejaban las palabras de Julio como se paladea un pimiento rojo chileno: con miedo a morder, a asimilar la noticia en todas sus significaciones por lo que su mensaje implícito supondría. Las miradas se concentraban ahora, ensimismadas, en la escena que ocurría abajo en la playa. Allí, la mayoría de los hombres hablaban atropelladamente entre sí. Algunos se inclinaban con fascinación sobre el cadáver del falso ahogado, y una mujer de larga cabellera pelirroja señalaba con rápidos ademanes la herida en la cabeza. El policía seguía hablando por radio con gesto afectado.

—Esto es la polla —dijo Flavio.

En ese momento llegó otro coche patrulla. Los dos policías se

apearon del vehículo y bajaron con agilidad las rocas que les separaban de la playa. Había muchos aspavientos y manos que señalaban, intentando explicar lo que había pasado, y mientras tanto, a medida que la noticia se propagaba, llegaban más y más curiosos de La Cala y La Araña, dos pequeños pueblos cercanos. Después de unos instantes, el coche patrulla recién llegado se marchó con la sirena puesta.

—Mira a ése —dijo Alberto, señalando al policía—. No para de hablar por radio.

Julio se fijó. Lo cierto era que el hombre no se había separado de su aparato. Escuchaba durante un buen rato mientras iba de un lado a otro, dando rápidos giros.

—¿Y la ambulancia?! —le preguntaban algunas voces. Pero el policía les pedía calma con gestos de la mano.

La ambulancia, sin embargo, nunca llegó.

Treinta y dos minutos más tarde, la cantidad de gente arremolinada en torno a la escena era apabullante. Julio, Alberto y Flavio habían conseguido permanecer en primera línea, siguiendo con morbida fascinación el desarrollo de los acontecimientos. A su alrededor, la gente compartía todo tipo de historias. Un tipo enjuto y de pelo gris, otrora conductor de tráilers y que vivía en las antiguas casitas de pescadores de La Cala —desde antes de que el *boom* turístico cambiara el pueblo para siempre— aseguraba que su cuñado, pescador de toda la vida, había visto una vez varias formas humanoides buceando a toda velocidad por debajo de su barca, una buena noche de junio, un día después de Luna llena. Para él, estaba claro que en las fosas abisales de La Cala había una población de seres blancos, sin sangre y sin pulso, y capaces de una violencia sin parangón. Dos señoras rollizas que parloteaban a su lado simplemente se escandalizaban de que, en medio de semejante situación, hubiera alguien capaz de dejarse llevar por tamaño disparate.

Pero el hecho inequívoco y fascinante de que un ahogado, ya blanco e hinchado por acción del agua salina, oficialmente dictaminado difunto y dejado debajo de una lona de plástico, se había incorporado y devorado parcialmente a un policía estaba en boca de todos.

Aproximadamente una hora después de que el agente de policía hubiera muerto, una oleada de gritos germinó en algún punto indeterminado de la playa y se extendió implacable, como un hediondo



pedo furtivo, entre toda la gente presente. El motivo era la vieja lona de plástico que ahora cubría los dos cuerpos: el del policía sin rostro y el del falso ahogado. Se movía. Otra vez.

### III

En el depósito de cadáveres del Hospital Carlos Haya, de Málaga, el principal responsable de la cámara mortuoria, Antonio Rodríguez, podía contabilizar los costos de la inmigración indocumentada de modo distinto al de otros funcionarios. En aquellos momentos se enfrentaba a una severa sobrecarga debido a un pecio encontrado que se había convertido en el último lugar de descanso de seis docenas de inmigrantes.

Rodríguez abrió la puerta de la gran sala frigorífica donde se guardaban los cadáveres. Resultaba imposible abrirse paso por ella, de tantos cuerpos como yacían en el suelo, amortajados con las sábanas sanitarias en las que los envolvieron o vestidos todavía con las ropas con las que fallecieron. Alrededor de las paredes se amontonaban los cadáveres, dos en cada nicho. En una segunda cámara frigorífica los nichos eran más estrechos, por lo que el señor Rodríguez no tenía más que una espeluznante alternativa: o la de apilar los cuerpos unos encima de otros, con lo que las caras se quedaban aplastadas, o dejar los cuerpos fuera, en el vestíbulo, donde la refrigeración era inexistente. El señor Rodríguez se resistía a que los cuerpos se deformasen, y ésa era la razón por la que un par de cadáveres habían sido dejados fuera, en camillas, detrás de una cortina. El olor a descomposición no era muy fuerte, pero sí nítido.

— ¿Es todo? — preguntó a uno de los ayudantes.

— Sí, ése era el último... — contestó con tono visiblemente afectado. Estaba revisando una lista y escribiendo algunos datos en ella —. Mañana habrá que embalsamar a los que van a irse, creo que estarán más de setenta y dos horas en tránsito.

Rodríguez se tomó un momento para echar un vistazo a los cadáveres que habían dispuesto. Sabía que era una solución temporal hasta el día siguiente, pero se sentía muy mal por no haber podido dar un buen aposento a los cuerpos.

—Deberíamos filtrar esto a la prensa, a ver si amplían de una puta vez —comentó con aire distraído. Sus ojos estaban fijos en una marca de nacimiento en uno de los pies descalzos, en forma de corazón—. Enviarles una puta foto de esta mierda, sabes lo que te digo...

—Si vas a hacerlo, yo mismo te regalo mi cámara digital —contestó el ayudante sin apartar los ojos de su lista.

—Es que esto no es normal, hombre.

—No, no lo es.

—Es...

En ese momento, el mundo tranquilo y rutinario de Rodríguez cambió para siempre. Ya no habría más cervecitas después del trabajo en la cafetería Oña, ni celebraría la tradicional Compra Del DVD El Viernes Por La Noche. Ni volvería a comer cocido en casa de su madre o a beber aquel vodka ruso con su amiga Paola la noche de Navidad. Y ese Punto y Final llegó con el espasmo tremendo de uno de los cadáveres. Se sacudió con tanta violencia que uno de los cuerpos que tenía al lado se dio vuelta y cayó pesadamente al suelo con un golpe sordo.

Rodríguez dio un acusado respingo.

—¡Coño!

Durante unos segundos, él y su ayudante permanecieron en silencio; el zumbido de los tubos de neón y las gigantescas cámaras frigoríficas llenaban el aire. Pero al fin, espasmos similares recorrieron muchos de los otros cuerpos. Y entonces empezaron a levantarse.

Rodríguez no daba crédito. Miraba alrededor, posando su vista en un cuerpo y en otro a medida que se incorporaban, más o menos trabajosamente, con los ojos en blanco y las bocas abiertas. Las sábanas caían a un lado, los brazos se levantaban, las manos trocadas en garras y puños cerrados. Al incorporarse, casi todos carraspeaban horriblemente, o proferían horribles cloqueos y ruidos guturales de sorda naturaleza, y una mujer de cabello encrespado vomitó una suerte de puré negruzco.

—Qué... ¿Qué...?

—Por Dios, ¿qué...? A-ayuda... ¡Ayuda!

El joven ayudante se acercó rápidamente al primero de los hombres. Rodríguez no pudo moverse. Se descubrió a sí mismo mirando cómo su ayudante le cogía de los hombros y le preguntaba si estaba bien. “¿Está usted bien?”, le preguntaba, “¿está usted bien?”. Y aquel hombre de color, de labios generosos y facciones duras, le miraba como emergiendo de un profundo sueño, y poco a poco, iba mudando sus facciones de la perplejidad... a una mirada brutal de odio. “Incrustado”, pensó Rodríguez incoherentemente. “Tiene el odio incrustado en sus ojos”. Quiso avisar a su ayudante, quiso advertirle, gritar, pero no podía articular palabra.

De repente, sin que pudiera decir muy bien cómo, su ayudante sonreía con aire estúpido a uno de los chicos, que había reptado hacia su pierna y le había agarrado con ambas manos. El otro hombre movía la cabeza entre espasmos, intentando a todas luces abrir la boca. Eso parecía causarle serias dificultades. El resto de los hombres evolucionaban lentamente, moviéndose como una ola. Algunos bizqueaban hacia el techo, otros movían las manos en extraños ademanes, como si quisiesen alcanzar un objetivo invisible delante de ellos.

— ¿Qué... qué hace? Vamos, suélteme... señor... ¡señor, suélteme!

Rodríguez quería cerrar los ojos. Intuía lo que iba a pasar. *Sabía* lo que iba a pasar. Lo veía en los ojos acuosos y muertos de toda aquella gente. Pero aún no era capaz de reaccionar.

— ¡Suéltemeeeeeee!

Cuando el hombre que tenía cogida la pierna de su ayudante hundió sus dientes en ella, éste gritó. Y todavía gritaba cuando el que había atendido hundió su cara en la curva de su cuello y permaneció allí entre borbotones horribles y continuados.

## IV

Nadie sabía cómo había empezado todo exactamente. El mundo se había desestabilizado mucho antes de que ningún científico hubiese podido dar alguna explicación, teoría o hipótesis. Ningún programa

de televisión aguantó el tiempo suficiente como para teorizar sobre el problema. Al principio podías verlo en la televisión. Hablaban sobre ello... muy poco al principio, pero luego cada vez más; en la televisión basura de la noche, en los programas nocturnos líderes de audiencia, hasta que ya no se hablaba de otra cosa y la *noticia del año* lo inundaba todo. En el programa *TNT* salieron las primeras imágenes —que Susana recordase— y se pronunciaron por primera vez las palabras “muertos vivientes”. Pero por entonces todo el asunto no era muy diferente de los ovnis o las caras de Bélmez, y aún podías sonreír con autosuficiencia y sentirte alejado de todas esas patrañas, aun cuando emitían cantidades ingentes de imágenes horrorosas de gente enloquecida atacando a otros seres humanos en el telediario de la dos, y luego ya no echaban los documentales, sino que seguían hablando sobre los incidentes. Entonces te preocupabas, sí. Incidentes bastante extraños en un tanatorio en Madrid..., en un hospital de Zaragoza, en Huelva. En todas partes. En un hospital, en cinco. Un accidente múltiple de tráfico que acaba en una carnicería cuando uno de los accidentados ataca violentamente a uno de los chicos del 061 y le arranca limpiamente un pedazo de cuello con los dientes. Un suicida que cae estrepitosamente desde la terraza de un duodécimo, y empieza a sacudirse dentro de su bolsa dieciséis minutos después de que el juez hubiese levantado acta. Pero después de algunos días, sabías que la cosa estaba realmente mal porque lo veías en las calles. Una ambulancia estrellada y abandonada en una concurrida avenida, o un policía que te desvía cuando vuelves de Cártama porque, al parecer, algunos vándalos están causando problemas en el Cementerio de San Miguel. Pero sabías que no eran vándalos. Lo veías en sus caras.

El mazazo psicológico del concepto de que los muertos habían vuelto a la vida se aceptó bastante rápidamente una vez que todas las televisiones empezaron a emitir boletines de emergencia las veinticuatro horas. Para entonces, las ciudades estaban ya sumidas en un cierto desorden debido al hecho de que cada persona que moría regresaba a la vida entre hora y media y dos horas después. Los cementerios, hospitales, iglesias... y el sótano oscuro y húmedo de algún geriátrico, fueron controlados tan rápidamente como fue posible, aunque para entonces ya se habían registrado numerosos problemas.

Resultó que Málaga ocultaba cadáveres donde menos se esperaba. Un día cualquiera de octubre, la gasolinera Calypso, en Mijas Costa, fue escenario de un macabro espectáculo de canibalismo e infección en masa cuando no menos de siete cadáveres abandonaron la cámara frigorífica de un negocio tapadera de restauración, regentado por un holandés metido en la mafia de compra-venta de armas. Los siete cadáveres irrumpieron a la luz del sol a las once cuarenta y cinco del lunes, degollaron a una norcoreana de diecinueve años llamada Yhin Un y arremetieron contra el interior de la gasolinera acabando con la vida de los tres ingleses, cuatro suecos y dos españoles que hacían sus compras en ese momento. A la una y veinte, una espasmódica horda de caminantes bloqueaba la nacional 340 causando accidentes y atropellos. A las tres y cuarto, doce muertos vivientes vestidos con monos de trabajo de Mudanzas Gaspar masticaban con lenta fruición el cuerpo sin vida de una anciana aquejada de osteoporosis en un chalet de la zona.

Cuando las escenas como ésta se repetían en diversos puntos de una misma ciudad, las comunicaciones por móvil se resentían bastante. Después de algunas horas, era incluso imposible comunicar por teléfono fijo. Una locución automática informaba de saturación en la red. “Vuelva a llamar más tarde”. Echar un vistazo a la CNN por Internet para ver cómo estaba afectado el resto del mundo se convertía en una auténtica utopía.

Susana vivía en un bloque de ladrillo visto en frente del polideportivo de Carranque, a seiscientos metros del Hospital Carlos Haya. El día que se desató la locura, la zona fue inmediatamente impactada por el caos. Empezó en torno a las diez y media, cuando Susana volvía de comprar algunas cosas del supermercado. Una ambulancia se había detenido en la rampa de entrada a la zona de urgencias, y dos policías uniformados se llevaban a un hombre que luchaba por desasirse con inusitada energía. Había sangre en su rostro y en sus puños crispados, y la muchedumbre empezaba a arremolinarse a su alrededor.

– Venía en la ambulancia... – comentaba una señora al grupo que la rodeaba. Justo entonces, un enfermero salió de la puerta de urgencias y corrió hacia los policías, gritándoles algo que Susana, por estar en la acera de enfrente, no pudo entender. Los policías se

miraron, confundidos, luchando con visible esfuerzo por mantener sujeto al convulso detenido. Por fin, con algo de ayuda de un par de transeúntes, metieron al detenido en la parte de atrás del coche policial y, tras asegurar la puerta, siguieron al enfermero corriendo hacia el interior del centro sanitario.

Pero casi todo el mundo seguía observando, en silencio, el coche de policía. Se sacudía con una violencia intimidatoria ante los persistentes embates de su pasajero. Desde la distancia, Susana podía ver una tormenta de brazos y piernas arremetiendo sin sentido contra paredes y cristales, mientras el coche se bamboleaba de izquierda a derecha, de adelante a atrás.

Y entonces, se escuchó un fuerte y seco petardazo que levantó ecos entre las torres de edificios.

Llevándose una mano al pecho, una señora dio un grito ahogado que fue seguido de un intenso silencio, solamente interrumpido por las arremetidas del preso en el interior del coche de policía. Cuando todas las cabezas se hubieron vuelto ya hacia la fuente de sonido, el edificio del hospital, empezó a llegar un sordo rumor *in crescendo*, una algarabía bulliciosa de voces y gritos mezclada con una nueva serie de petardazos en cadena. Fue entonces cuando Susana comprendió de qué se trataba. Eran disparos.

Algunos de los curiosos trastabillaron, retrocediendo sin mirar atrás mientras un grupo numeroso de personas salía atropelladamente del hospital. Había angustia y terror en aquellas caras. Fue entonces cuando Susana sintió una oleada de pánico; una sensación sobrecogedora que nacía de algún punto indeterminado cerca de su estómago y subía como un manantial hirviente hacia la base del cerebro, donde explotaba como una escalofriante alarma. "Está pasando", pensó, "está pasando aquí y ahora. Realmente está pasando aquí en-este-mismo-momento". Lo había visto en televisión, lo habían comentado en la cafetería, y en la sala de espera del Centro de Salud, pero ahora estaba ahí mismo. Aquello que estaba pasando, estaba ahí mismo, y la había sorprendido con dos bolsas de plástico azul y blanco en las manos.

Sintió el irrefrenable impulso de correr; correr muy lejos de allí. Si conseguía doblar la esquina, no tendría que ver nada de aquello. Si conseguía doblar la esquina tan sólo, el hospital desaparecería de

su vista y podría volver a su casa. Pasaría la mañana trabajando con el ordenador, y todo pasaría. Después de comer, todo habría pasado.

Pero cuando dobló la esquina mezclada con la gente que corría en ambas direcciones a través del tráfico detenido, supo que algo estaba cambiando para siempre. Lo olió en el aire. Lo vio escrito en las caras de la gente. Lo notaba en su propia piel. Anduvo con celeridad hasta el portal y se encerró en la seguridad de su hogar. Allí bebió dos grandes vasos de agua y se llevó un tercero al gran ventanal del salón, que daba a una ancha avenida de cuatro carriles con el polideportivo al otro lado. Desde allí, la perspectiva era un poco mejor. La gente, o bien corría, o bien permanecía quieta formando grupos donde intercambiaban comentarios y señalaban en varias direcciones haciendo grandes aspavientos con las manos. Los coches formaban un gran atasco, y muchos de los conductores se habían bajado para otear en la distancia. Muchos señalaban en dirección al hospital.

Aproximadamente una hora y treinta minutos más tarde, llegaron dos coches patrulla. Uno de ellos estaba abollado y tenía uno de los laterales completamente raspado. Avanzaban lentamente por la acera, ya que los cuatro grandes carriles estaban colapsados, a medida que los curiosos se apartaban. Los cuatro policías se apearon y se perdieron tras la esquina, en dirección al hospital. Allí a lo lejos, Susana escuchaba sirenas, disparos, y un tropel ensordecedor de gritos y voces.

Esa escena se prolongó con pocas variantes durante cinco horas más. En todo ese tiempo, el atasco de tráfico se resolvió a duras penas, aunque casi no pasaban coches. Muchos de los conductores habían ido subiendo sus vehículos a la acera y se habían ido andando, pero al final de la calle, cerca del hospital, Susana aún distinguía muchos vehículos en caravana, con las puertas abiertas pero vacíos. Para entonces, apenas había curiosos andando por las aceras.

Durante toda esa noche, a lo lejos, una ocasional columnata de humo negro, el resplandor de un fuego o el constante ir y venir de las sirenas denunciaban que Málaga soportaba una lenta agonía. Cuando volvió a asomarse al ventanal, observó que sus vecinos también miraban desde las ventanas, y en los pisos, las vecinas comentaban con la puerta entreabierta, como preparadas para encerrarse en la seguridad de sus casas. Pero nadie bajaba a la calle, si podían

evitarlo. En esas conversaciones veladas llenas de rumores y habladurías, pudo enterarse Susana de algunas cosas. Se decía que la zona del hospital era una auténtica locura. Había policías, heridos y unos grandes camiones donde metían a los violentos. También habían cerrado el tráfico y acordonado el edificio.

La televisión tampoco era de mucha ayuda. En La Primera, se hablaba de una oleada de violencia a nivel internacional. Escenas de incendios, tumultos y ataques estremecedores saltaban en la pantalla en una impactante sucesión. En Madrid, en Barcelona... pero también en Beirut, en Londres, en Libia. En una de las escenas, un agente uniformado disparaba a bocajarro sobre otro agente con la camisa desgarrada. En Canal Sur 2, la inesperada visión de unos dibujos animados la hizo pestañear unos momentos intentado comprender. Luego cambió... Antena 3, Telecinco... Canal Sur. En todos los canales se hablaba en términos de ataques irracionales, situación de caos generalizada, incontrollable ola de terror.

Susana observó las imágenes durante veinte minutos, incapaz de reaccionar. Luego, apagó el viejo televisor con un movimiento brusco y paseó durante un largo rato por la casa.

Más tarde, ese mismo día, llegaron los cortes de luz.

Al principio el fluido eléctrico iba y venía. Algunas zonas estuvieron más afectadas que otras, pero no pasó mucho tiempo hasta que la luz ya no volvió. Para entonces, ya nadie iba a sus respectivos trabajos. Las carreteras estaban vacías y el aire nocturno traía ruidos extraños que parecían no venir de ningún lado. Eso hizo la nueva realidad mucho más difícil para todos porque nadie sabía qué hacer o cómo afrontar la situación. Susana había visto partir a casi todo el mundo. La noche anterior, sin ir más lejos, dos familias salieron corriendo muy apresuradamente por la ancha avenida, y al fin desaparecieron por la rampa del garaje portando voluminosas maletas. A dónde iban nadie se lo dijo. Pero ella se quedó en su casa. Estuvo doblando ropa de verano y guardándola primorosamente en sus fundas nuevas hasta que se hizo demasiado oscuro para ver nada. De tanto en tanto, se asomaba a la terraza a mirar a lo lejos. Era inquietante ver cuán silenciosa se había quedado la avenida que se extendía ante sus ojos. El quiosco de abajo permanecía cerrado, lo que le causaba un gran desasosiego porque no era miércoles. Nadie



paseaba por las anchas aceras, y Susana tenía la terrible sensación de que todo el mundo se había marchado ya. De que todo el mundo estaba en otro lado, menos ella, y de que la ciudad se la tragaría si no hacía algo pronto.

Pero Susana aún no había querido hacer frente al problema. Aún descolgaba el teléfono a cada poco, confiando poder hablar con alguien en cuanto los técnicos de Telefónica solucionasen la avería. En el surrealismo de la escena, el monocorde y desacelerado mensaje de “vuelva a llamar más tarde” se había convertido en una promesa de futuro, y Susana llamaba y llamaba. Se quedó dormida a las seis y media de la madrugada, envuelta en procelosos sueños. A las diez y cuarto, una fea pesadilla la despertó con un sobresalto. Se levantó a beber agua, pero descubrió con desasosiego que el grifo ya no daba nada. Pasó el resto del día intentando obtener señal del teléfono. Nadie la invitaba ya a llamar más tarde.

Al final de la tarde, cuando la oscuridad devoraba ya el cielo por el este, los vio por fin. Aparecieron por la esquina que llevaba al hospital. Uno llevaba puesta una bata blanca de personal. El otro era grande y musculoso, pero se movía como aquejado de dolorosos espasmos. Los dos iban juntos, avanzando despacio por entre el tráfico detenido. Cruzaron la calle con desmañadas maneras, despacio, arrastrando los pies con exasperante parsimonia, y desaparecieron al fin tras la esquina del bloque de edificios del otro lado. Susana los observó con incrédula fascinación. Eran *esas cosas*. Eran *éso*s de la televisión. Eran gente muerta, o eso pensaba. Cosas muertas. Muertos vivientes. Ahora los había visto. Estaban ahí abajo. Ésa era la razón por la que toda la avenida estaba llena de coches abandonados. Era la razón por la que todo había dejado de funcionar. Por la que no había agua. La razón por la que sus sueños estaban plagados de garras húmedas cuajadas de sangre.

Cuando pasaban las diez, unos golpes sordos en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. Susana corrió a abrir, como si al otro lado estuviese por fin la solución a toda aquella situación inconcebible. Pero la cara lánguida y pálida de su vecina, que la esperaba envuelta en un chal color crema, volvió a desanimarla.

—Sigue usted aquí... —comentó la vecina con tono neutro. Susana no sabía si era una pregunta o una afirmación. El pelo aplas-

tado sobre la frente y el tizne negro en la cara le daban un aspecto desaliñado. Los ojos, aspaventados, denunciaban que, de alguna manera, había transgredido hacía algún tiempo los límites de su capacidad para adaptarse a las nuevas circunstancias.

—Sí.

Se miraron durante algunos momentos, incómodas, en el rellano de la planta.

—¿No quiere usted venirse? —preguntó la vecina al fin como si acabara de pensar en ello—. Nosotros nos vamos. Nos vamos a ir.

—¿A dónde se van? —preguntó Susana, dubitativa.

—Pues... a otra parte. Con el coche... a algún sitio donde haya gente. Aquí no hay luz, no hay agua...

Pero en ese instante, Susana *supo*. La certeza de que irse a cualquier otra parte era tan inútil como cortar el agua con un cuchillo se hizo tan evidente que su comprensión casi encajó en su mente con un sonoro *clic*. Negó con la cabeza lentamente, y algo en su gesto hizo comprender a su vecina la verdad de esa negación. Retrocedió dos pasos, mirándola con ojos mortecinos, y desapareció por el pasillo sin decir nada más.

## V

Al amanecer del séptimo día las cosas habían empeorado bastante. El cuarto de baño despedía un consistente hedor a heces y orina, tan penetrante que cuando abría la puerta sentía náuseas. Tuvo que recurrir a un trapo impregnado de alcohol para poder seguir utilizándolo. En la cocina, las provisiones se habían terminado. Los platos se apilaban en hilera sobre la encimera y la pila. Las reservas de velas se habían acabado, y la cera consumida se había rebañado de los ceniceros en un magro intento de reutilizarla.

Susana miró fuera, a la calle. Aún se escuchaba un incesante rumor plano, mezcla de voces, algunos chillidos agudos, y un lejano

y sordo retumbar, como de maquinaria pesada. Pero con la excepción de algún coche que pasaba prudente con rumbo desconocido, la calle permanecía muda y queda.

Se sentó en el sofá, enfrentándose al hecho de que tenía que bajar a la calle. Tenía sed. Se había bebido todos los zumos, el almíbar maravilloso de las latas de melocotones, los batidos y toda la leche. Aún tenía gas butano pero no había ya nada que calentar. La pasta, las legumbres, todo el arroz almacenado... se había ido, devorado lentamente en horas y horas de angustiosa espera sin sentido. La última comida había sido ayer por la noche y consistió en una lata insípida de mejillones que tenían el color y el tamaño de un botón de trajecito de comunión.

Se situó en el rellano, frente a la puerta. De repente se le ocurrían dos decenas de razones por las que no abandonar la seguridad de la casa, pero se convenció a sí misma de que era mejor hacerlo pronto, antes de que la debilidad la consumiera. De manera que, con un rápido movimiento, abrió la puerta al fin. La oscuridad del rellano la saludó.

Escudriñó el exterior. Estaba oscuro e inhóspito; no le recordaba al entorno cálido y conocido que había llamado hogar. Volver la cabeza le produjo la misma sensación desapacible: de repente se dio cuenta de que su casa era una boca oscura, un pozo que le era extraño. Así que, animada por esa nueva sensación, comenzó a bajar las escaleras. Un escalón con paso dubitativo, luego dos... y al momento estaba trotando hacia abajo, hasta que salió por fin al exterior.

Respiró el aire fresco de octubre. El cielo era un paisaje hermoso de grises y azules, colmado de detalles y volúmenes. A lo lejos, los primeros rayos de sol arrancaban estrías anaranjadas entre las nubes plomizas. Desde el nivel de la calle, Susana pudo contemplar el espectáculo que había estado observando desde los ventanales de su casa en toda su magnitud. Recordaba a una escena sacada de una película catastrofista: coches abandonados en los cuatro carriles, sobre la mediana, sobre la acera, incluso con las puertas abiertas; periódicos y papeles arrastrados por el viento, un carrito de supermercado abatido sobre lo que parecía ser un fardo de ropa. Mirando a la derecha, a lo lejos, Susana vio un enorme tráiler detenido en mitad de la enorme rotonda. Y por encima de los edificios que tenía

alrededor, el aire estaba viciado, como si el viento arrastrase pesadamente las últimas trazas de un incendio ya extinguido.

Se dirigió despacio hacia el norte, procurando no acercarse a ninguno de los coches. No le gustaban; tan abandonados y quietos denunciaban que todo iba mal. Sin embargo, el pequeño paseo estaba discurriendo sin sorpresas, y casi estaba sintiéndose ya mejor cuando, al doblar la esquina, se enfrentó a una escena para la que no estaba preparada.

La zona de acceso del hospital estaba sitiada por una barricada irregular de sacos blancos y marrones. Alrededor había varios camiones que parecían del ejército, de color verde oscuro y con grandes atrios de loneta verde. También había coches de policía, y en uno de ellos aún cimbreaaba, casi extinguida, la luz de la sirena. Alrededor había cajas, montones de sábanas y ropa blanca, un escritorio grande parcialmente destrozado, sillas diversas, y unos estantes grandes, arramblados y amontonados a un lado. Por el suelo, además, había latas, botellas, revistas, cajas de cartón, envases de plástico y otra basura diversa. Y no bien había empezado a asimilar este tremendo batiburrillo, vio también los cadáveres en el suelo. Estaban apilados en un pequeño jardincillo, formando una amalgama horripilante. También había unos cuantos desmadejados en varios otros lugares: junto a la barricada, en las escaleras de acceso, en mitad de la rampa. Uno en particular, no era más que un torso desnudo en mitad de un charco enloquecedor de sangre negra. Para completar la escena, la mayoría de los cristales a lo largo de toda la fachada estaban rotos.

Susana observó los cadáveres con creciente aversión. Sabía ya perfectamente lo que había causado toda aquella situación. Y a estas alturas podía imaginarse por qué el hospital se había convertido en un campo de batalla; allí era donde la gente había ido al sufrir heridas, o cuando empezaban a encontrarse mal. Y allí morían bien por sus heridas o al ser atacados por las *cosas* que ya estaban allí. Pensó en todos los enfermos en sus camas, en el tanatorio, en la sala de autopsias. Tantos cadáveres que de repente volvían a la vida. Y, por ende, tanta gente que, al morir, volvía otra vez a la vida en posición de infectar a otros a su vez...

Sacudió la cabeza, horrorizada, mientras imaginaba los pasillos del hospital infectos de muertos que habían vuelto a la vida. Los

mueritos visitando las camas donde los enfermos no habían podido escapar o defenderse. Entonces le sobrevino un llanto desgarrador pero silencioso, que ahogó con ambas manos sobre la cara crispada. Lloró por fin, tras una semana de horror mudo, rodeada por los vestigios de la derrota de la lucha por la vida. Y el llanto fue bueno... disolvió en parte un nudo maligno y tumefacto que había germinado dentro de ella a lo largo de todo aquel periplo. Veinte minutos más tarde, un desecho de cuartilla de papel que el viento hacía volar de un sitio a otro encontró a Susana en el mismo sitio, todavía apoyada contra la pared, con el semblante sereno y demudado, y los ojos ausentes.

## VI

Unas semanas antes de que Susana expulsara por fin sus pequeños demonios, un corpulento marroquí de nariz aguileña, una hermosa barba rala y duras facciones caminaba con paso resuelto por la calle Beatas, situada en pleno centro de la ciudad. Era una calle peatonal; lo había sido desde mucho antes de la gran peatonalización, pero a esas horas del atardecer estaba demasiado vacía. Todas las calles estaban vacías porque no corrían buenos tiempos, aunque en la vida de Moses nunca habían soplado vientos distintos.

Desde los catorce años, Moses había navegado tortuosamente por los negros canales de la adicción. Drogas blandas, drogas duras, drogas de diseño. Había tomado caballo, francés, maría, LSD... y había bebido alcohol hasta caer inconsciente prácticamente a diario. La adicción encendía y apagaba su vida como un interruptor. Cuando ésta lo dejaba tranquilo, se ganaba bien la vida *trapicheando*, como todos sus colegas. Y entonces trabajaba duro, sin importarle de qué trabajo se tratase; pero cuando el diente de sierra en su enfermedad estaba abajo, volvía a arruinarlo todo. Pasaba las noches arrastrándose por la calle o dormitando en una esquina llena de orines, envenenado de alucinó-

genos o alcohol. Y pasaba los amaneceres tiritando, sintiendo que su alma se enfriaba.

Una vez estuvo en *el trullo*, y allí aprendió más de lo que le hubiera gustado saber. Y no todo fue bueno. Los primeros seis meses fueron los más difíciles. No entendía nada: ni el argot de la cárcel, ni los códigos de las relaciones humanas. Tuvo que aprender con quién se podía hablar y con quién no. Aprendió a escuchar hasta diez conversaciones a la vez sin abrir la boca y con cara de jugador de póquer. Pero sobre todo, aprendió quién fingía ser amigo y quién lo era de verdad.

Allí conoció al Cojo.

El Cojo era, sobre todo, un obstinado. La vida insistía en enseñarle toda una completa gama de horribles miserias y él se obcecaba en sonreír, encogerse de hombros y tirar *p'alante*. Y la exposición empezó pronto. Esos mismos devaneos caprichosos habían querido que a los dos años un padre atiborrado de barbitúricos encharcados en alcohol quisiese asfixiarlo. Aún se acordaba de la sofocante y blanda sensación, del calor de su propio aliento en la boca, inútilmente abierta cuanto le era posible. Él no recordaba por qué se detuvo su padre; por qué nunca terminó lo que había empezado. Pero desde aquel día, su madre y él vivieron en otra parte, y ya nunca volvió a verlo o a preguntar por él. Treinta años después, cuando su madre exhalaba el último aliento, miró hacia arriba y musitó: "Hay otro". El Cojo no supo inmediatamente a qué se refería, pero pensó sobre ello, ya que le parecía que unas palabras pronunciadas mientras se desliza uno en el olvido de la muerte debían ser importantes. Conjeturó que bien podía ser un hermano; la vida de su madre había sido muy desorganizada cuando era joven, pero también podía ser que hubiera otro padre, un padre biológico. No era que le importara mucho; su entorno familiar no le había ayudado a valorar los vínculos de sangre, pero en numerosas ocasiones se sorprendía a sí mismo acariciando la idea de tener un hermano, alguien parecido a él. Alguien que comprendiera la oscuridad inherente a su legado genético, y que tanto le costaba controlar.

— A lo mejor tengo un hermano —le soltó a Moses un día, en el patio de la cárcel—. Por ahí, en alguna parte.

Moses reflexionó sus palabras unos instantes.

— Un hermano es un hermano —contestó al fin—. No te lo pienses y búscalo cuando salgas de aquí. Busca a tu hermano.

El Cojo asintió sin levantar la vista.

—Creo que eso haré.

Permanecieron los dos en silencio un buen rato. El Cojo se entregaba a la dulce ensoñación de pensar por dónde empezaría su búsqueda: las viejas vecinas de su madre, el viejo barrio, los viejos amigos largamente olvidados en los recodos de la vida. Trazaba el primer borrador de un plan y eso le provocaba una cálida sensación interior, y sonreía, sin saberlo, con pequeños ojos ausentes. Moses, en cambio, pensaba en lo mucho que le hubiera gustado tener una familia. Aunque sólo fuera un hermano. Un primo. Alguien.

Algunas semanas más tarde, libre ya de la condena y sentado en un escalón de la calle San Juan a eso de las tres y media de la madrugada, Moses encontró a Jesús en el fondo de una botella de vino barato. Fue en verdad raro porque después de aquella noche Moses no sintió jamás la necesidad de tomar más drogas. Se quitó de encima el mono; se levantó limpio, sintiéndose despejado y bien. Se dijo a sí mismo que por fin había hecho las paces con el Jefe.

Cuando el Cojo salió a su vez de la cárcel, Moses lo esperaba. El ex-presidiario detectó el cambio enseguida: algo en su aspecto prolijo y su sonrisa le traían promesas de futuro. Moses ayudó al Cojo a reengancharse en el tren social: un alquiler, un trabajo, responsabilidades. Le consiguió empleo como vendedor en una conocida tienda de telas, y lo mantuvo alejado de la calle. Era allí donde, arropada por la oscuridad de la noche y evolucionando como fantasmas insípidos e insustanciales, se movía la calaña.

A medida que el Cojo se aclimataba a su nueva existencia, Moses empezó a pensar en la búsqueda del hermano perdido. Rogaba a Dios que existiera, que pudiera encontrarlo, y que fuera un buen modelo para su compañero, alguien que se asegurara de que el Cojo no volvía a planear una bajada por los rápidos de las cloacas de la vida. Tardó muchos meses, pero por fin averiguó que la señora Vaello había dado a luz dos hijos: Alejandro y Josué Vaello, más conocido como “el Cojo”.

Por lo que pudo averiguar, mamá Vaello tuvo a Alejandro cuando ella aún no era mayor de edad. Resultó ser un bebé rollizo y saludable con unos hermosos y redondos ojos azules. Ella era toxicómana y una ruina humana por añadidura, así que sus

padres confiaron el pequeño a unos familiares argentinos que quedaron rápidamente prendados. La pareja, que no había podido tener hijos, se lo llevó y cortó lazos. Ella, sin embargo, no lo echó de menos, hasta que muchos años después quedó embarazada de nuevo. El padre no era mal tipo, al menos al principio, pero la llegada del bebé obró un importante cambio en él: se volvió intransigente, malhumorado y egoísta. Cuando él se acercaba al pequeño —lo que por otro lado no ocurría a menudo— a ella le saltaban todas las alarmas. Algo en la manera como él le miraba estaba francamente mal. Lo sentía en la piel, lo sentía en los poros, y una mañana fría de enero, ella se largó.

Cuando miraba a Josué, vestido con esos preciosos trajecitos de hilo blanco que la Iglesia le conseguía, su corazón volvía con persistencia a su hermano, pero Argentina era tan inalcanzable para ella como el satélite marciano Deimos, así que se contentó con cuidar de su hijo todo lo bien que sabía y podía. Su legado genético no era tan bueno como lo había sido el de su hermano, y Josué salió con una deficiencia en el menisco. Su fémur derecho era también más corto que el izquierdo y, como consecuencia de todo eso, Josué había cojeado siempre.

Una vez que hubo averiguado todo eso, habló con el Cojo.

—Tenías tú razón... tienes un hermano —le soltó una noche durante la cena.

El Cojo levantó rápidamente la cabeza y estudió el rostro de su amigo. Sujetaba la cuchara con la que daba buena cuenta de un plato de sopa de ajo.

—¿Has estado... investigando?

Moses asintió.

—¿Lo has visto?

—No. Se lo llevaron a Argentina, antes de que tú nacieras.

—¿Cómo se llama?

—Se llama... Alejandro. Aunque quizá sus nuevos padres le cambiaron el nombre. Tu madre nunca le puso el apellido de su padre biológico. Ella era menor de edad por entonces, y tenía problemas con las drogas, problemas económicos... no creo que supiera tampoco quién era el padre, así que como tú, se apellidaba Vaello.

El Cojo removió, pensativo, los tropezones de pan de su plato de sopa.



— Argentina...

— Estuve buscando por Internet, pero no encontré nada. Vaello es un apellido común. No... no he podido encontrar nada más — musitó. Se había esforzado mucho, había indagado, preguntado a muchísima gente, telefoneado, rebuscado en los registros oficiales de la provincia, pero ahora sentía que tenía, en realidad, muy poco que ofrecer a su amigo en conclusión. Experimentaba una sensación de frustración tan física que notaba cómo le hormigueaban las manos. Por fin, sintiendo que debía añadir algo más, terminó con unas palabras de disculpa.

— Es curioso... — dijo el Cojo después de un rato, ahora sin levantar la vista, mientras sorbía lentamente su sopa.

— ¿El qué?

— Tú buscabas a mi hermano, pero en todo este tiempo, yo lo he encontrado.

— ¿Qué? — preguntó Moses, sin comprender realmente.

— Me ayudaste en la cárcel y me ayudaste fuera de la cárcel. Me ayudaste a conseguir un empleo. Me diste una nueva vida. Te pasaste meses sin querer apartarte de mí las noches de los fines de semana, para que no sintiera la tentación de volver a la calle de nuevo, ¿crees que no me daba cuenta? Y ahora descubro que te has tirado no sé cuánto tiempo intentando encontrar un hermano para mí...

Moses, callado, escuchaba envuelto en una miríada de sensaciones.

— ¿Sabes lo que te digo...? Que quién le necesita. Tú eres mi hermano ahora, tío. Mi familia.

Hubo un pequeño silencio mientras Moses asimilaba todo lo que su amigo le había dicho. El Cojo, por su parte, se concentraba en dar buena cuenta de la sopa, con la cabeza prácticamente metida en el plato.

— Bueno, bueno... — dijo Moses al fin —, no nos chupemos las pollas.

Rieron de buena gana durante un buen rato, y después rieron otra vez. Sentados en la pequeña cocina, vagamente iluminada por un destartalado y amarillento neón en el techo, ambos experimentaron una alegría interior que era del todo desconocida para ambos: era el calor invisible y embriagador de la familia.

El día en el que el Infierno cerró sus puertas y dejó de aceptar más huéspedes, Moses andaba trapicheando en el rastro. Conseguía y

vendía *cosas*, la mayor parte de las veces cosas que la gente ya no quería: cachivaches y pequeños electrodomésticos cogidos de la basura que luego arreglaba, pero también revistas, objetos de decoración, muebles y, a decir verdad, cualquier cosa susceptible de ser encontrada y que pudiese despertar el interés adquisitivo de alguien. Tenía un apaño bastante bueno con el chaval de la camioneta de los Servicios Operativos del Ayuntamiento de Mijas, y cuando había cosas interesantes para recoger, le llamaba. Era inaudito lo que la gente tiraba a la calle en urbanizaciones de alto *standing* como las de Calahonda, Elviria o Cabopino. Desde ordenadores y periféricos informáticos en buen estado hasta frigoríficos en perfectas condiciones pasando por mobiliarios de alta gama completos.

— Por lo que unos tiran otros suspiran — decía Moses cuando las piezas eran buenas.

Aquel soleado domingo de septiembre las cosas habían ido complicándose desde primera hora. Los coches de la policía local, la municipal y la benemérita pasaban de un lado a otro continuamente con las sirenas puestas, y hacía rato que las dos parejas encargadas de velar por la seguridad habían sido convocadas en alguna otra parte. También pasaron ambulancias y un coche de bomberos.

— ¿Qué pasa hoy? — preguntó el africano que atendía el puesto continuo al de Moses.

— Ni idea... — contestó éste con los ojos entornados, como hacía siempre que pensaba en algo.

— ¿Todo el mundo loco hoy, amigo?

— El mundo está loco siempre...

Moses siguió colocando las cajas con la mercancía.

— Esta mañana yo escuchado un problema, ¿tú sabe? — continuó diciendo el africano.

— ¿Qué problema? — Moses seguía colocando las cajas, sin mirarle.

— En Madrid, en Madrid un *poblema gande*. Un persona, mucha persona *hase* una ataque a... *edifisio* que muere persona, ¿tú sabe?

— ¿Hospital?, ¿un hospital?

— Nono... no hospital, si tú muere, tú va de hospital a ese sitio...

— Un... ¿tanatorio?, ¿un depósito de cadáveres?

— ¡Sí, amigo!, un depósito cadávere... *esse* sitio. Lo atacaron... lo atacaron de vera... yo ví en la tele hoy *tempano*, sí... ¡Un cosa increíble!

—Tenía la mirada ausente, como recordando las imágenes que había visto en la televisión. Por fin, sacudió la cabeza y dijo unas palabras en portugués, como para sí—: *A ruína de uma nação ...*

Moses pensó brevemente en lo que el africano acababa de decirle.

—¿Y para qué coño querría alguien atacar un depósito de cadáveres?

—Yo no sabe, ¿sí?, pero muy *muuuuy* muy violento, amigo, muy fuerza que atacaba a la *pulisía*, a todo a todo... y entonse se corta, ¿sí?, la tele es cortado de pronto... y luego sale una mujer que habla en *outro* lado y ya no se ve como atacaron, y esto muy raro, yo pienso, que muy raro porque *siempre siempre* televisión pone toda imágenes más violento, y más fuerte, ¿sí? ¿Y este ahora que hoy no pulisía aquí? ¿Hoy? ¿Ahora? Este muy raro, muy raro...

Moses sintió un deje de inquietud. Miró alrededor. A decir verdad, ¿no había poca gente? Estudió los rostros de las personas que andaban de puesto en puesto, cogiendo alguna cosa, mirándola con cierto interés, y volviéndola a dejar. Había una pareja de adolescentes que bromeaban con una especie de corazón de peluche de color rojo brillante. El sol se filtraba por entre las ramas de los árboles y arrancaba preciosos destellos en el cabello de ella. Sonreían, y sus ojos brillaban con la ilusión del primer amor. Esa imagen le convenció de que no pasaba nada, de que era domingo, de que el día era precioso y largo aún, de que la vida era maravillosa, y de que todo andaba por fin bien.

Unas horas más tarde, Moses volvía a casa en la vieja furgoneta Renault. Las ventas habían ido regular, peor de lo esperado, pero sería suficiente para pasar la semana. Además podría pasarse por los recreativos a ver si Paco, el encargado, querría pagarle una tarde o dos; todo dependería de la cartelera de cine. Con eso debería alcanzarle para llegar al próximo domingo.

Aparcó y subió al pequeño ático donde vivía con el Cojo. Encontró a éste enganchado al pequeño televisor rojo de 14 pulgadas que habían conseguido hacía ya algunos meses.

—Buenas... ya estoy aquí —dijo, dejándose caer en una butaca.

El Cojo se dio la vuelta, como reparando por primera vez en su presencia.

—Joder, Mo... tío, no sabes lo que está pasando.

Solamente esas palabras despertaron una profunda inquietud en Moses. Llegó rápida, como una bala certera, acompañada de una sirena que ululaba como un demonio. En el fondo, había estado sintiéndolo toda la mañana, lo sentía en las vísceras, lo sentía en la base de la nuca. Era un sexto sentido que había ido forjando a lo largo de su vida, y era un sexto sentido en el que confiaba. Y Dios, cómo *chillaba* aquel apacible domingo. Chillaba que algo iba tan mal que más le valía coger un par de calzoncillos limpios y saltar fuera del puñetero planeta. Se agarró con fuerza a los brazos de la butaca y consideró salir corriendo. No quería escucharlo. No quería escucharlo de la boca del Cojo. No quería que nada cambiase.

El Cojo lo miró con los ojos bien abiertos. No recordaba haber visto esa expresión en su rostro jamás. “Jesús”, pensó, “parece una versión sin afeitar del grito de Munch”. Luego reculó en la butaca como el que espera que le caiga encima una bomba. “Ahí viene. Me lo va a soltar...”.

— Hay gente muerta que está volviendo a la vida.

*Boom.*